

HOJAS SUELTAS

POR

José E. Rodríguez



BÉJAR

Establecimiento tip. de la viuda de Aguilar

1895

G-F 16207

Es propiedad,
del autor.

A la perdurable memoria de
sus padres queridos, dedica este
modesto recuerdo

El Autor.

+ 175800

C.





Página de dolor

¡Tristes memorias de la vida mía!....

Como Escipión Emiliano, al contemplar las ruinas de Cartago, pedía á los Dioses la conservación de Roma, su madre patria, así, cuantas veces leía yo en los libros el conmovedor espectáculo de un padre moribundo bendiciendo á sus inconsolables hijos, mis ojos se arrasaban en lágrimas, elevaba mi espíritu al cielo y las vibraciones repetidas de las más delicadas fibras de mi corazón, al transmitirse á los labios, modulaba esta ferviente plegaria:

¡Dios mío! conservadme á mis padres.....

Pero el tributo que el hombre ha de pagar en expiación de su primera culpa es ineludible...

¡Y el terrible exactor venia con su descomunal guadaña á posarse en la cabecera del lecho de mi padre, de mi buen padre!....

¡Ah! tributo injusto si no lo hubiera impuesto el Dios de Justicia! ..

Con razón se ha dicho que fácilmente se cree aquello que se desea.

Y la esperanza...la consoladora esperanza, no me abandonaba....

El golpe fatal no segaría vida tan preciosa....

¡Cuán poco duran las ilusiones! Como el humo són y como el humo se desvanecen....

A la sola noticia de que mi padre quería bendecirme todo mi ánimo desmayó y la sensibilidad desapareció de mis miembros temblorosos. Mis rodillas se doblaron como las de un autómatas y recliné mi cabeza, hasta hundirla en el lecho, para ocultar mis lágrimas....

El aplanamiento de mi cuerpo daba un vigor extraordinario á mi espíritu y en mi excitada imaginación se representaba la escena que tantas veces había leído.

Los últimos rayos del crepúsculo, aun más debilitados por los visillos, reflejándose en las plateadas y prematuras canas de aquella cabeza inteligente, que yacía, mejor que descansaba, en una pila de almohadones, venían á iluminar la habitación con sus melancólicas tintas.

Mi heroica madre, detrás de mí colocada, rodeaba mi cuello con sus brazos y ofrecíame en su regazo un poderoso consuelo... ¡Consuelo que tanto ella necesitaba!

Los plegados labios de mi padre querido se entreabrieron y con voz apenas entrecortada por la emoción formularon sus últimos y preciosos consejos.

En tanto que aquellas palabras iban grabán-

dose con caracteres indelebles en mi memoria, el cilindro de mis recuerdos se desenrollaba. Ya aparecía el diligente maestro enseñándome á buscar y amar la ver la l y practicar el bien, ya el padre bondadoso que mi corazón formaba...,

Después su brazo se levantó sobre mi cabeza para hacer la señal de la Cruz....

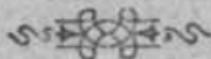
Loco.... con convulso movimiento, antes de que cayese aquella huesosa y descarnada mano, recogila entre las mias para llevarla á los labios y sellarla con besos abrasadores cuyas huellas borraaban las ardientes lágrimas que de mis encendidos ojos corrian.....

Lágrimas de dolor que desahogando mi corazón, que se asfixiaba, llevaron á él la tranquilidad, la resignación.

Al salir de aquella estancia un cambio brusco se habia operado en mi ser,

La fogosidad ó intemperancia habian dejado su lugar á la formalidad y la reflexión.

El joven se habia hecho hombre.







Noche de ánimas

¡Qué noche tan triste!

Oscura, oscura, como la misteriosa nube que envuelve los destinos de nuestra existencia... y fría, fría, cual la marmórea losa que ha de cerrar nuestra necesaria tumba...

.
.
.

¡Qué noche tan triste!

Calla la juvenil y bulliciosa alegría de las rondas; ya no se oyen los armoniosos cánticos de los canoros pajarillos que anidaban en los bosques; han cesado los insectos en el continuo roce de

sus sonoros élitros; la naturaleza toda interrumpe su canto alegre y amoroso.....

.
.
.

¡Qué noche tan triste!

El cortante viento hiere á los indefensos árboles despojándolos de sus ya anémicas y amarillentas hojas.....

El lúgubre tañido de las campanas arranca de nuestro corazón toda ilusión mundanal y terrena.....

Sólo nos rodean el silencio, el reposo, la muerte.....

.
.
.

¡Qué noche tan triste!

Se abren y recrudecen las mal cicatrizadas heridas de nuestro lacerado corazón producidas por la muerte de los seres queridos que eran nuestra alegría y felicidad.

Las pasadas dichas hacen más sensible nuestra soledad y abandono.....

.
.
.

¡Qué noche tan triste!

Candentes lágrimas de inmenso dolor nublan nuestros encendidos ojos y queman nuestras mejillas pálidas y descompuestas.....

.
.
.

¡Qué noche tan triste!

Escuchad.....

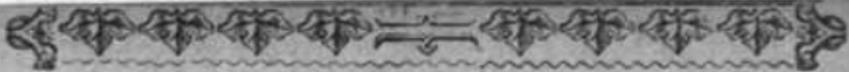
.....Din ..Dan...Din...Dan.....

¡Ah! Oremos, oremos, y en los consuelos de nuestra divina religión busquemos lenitivo á tanta aflicción y pesar.....

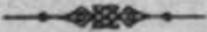
.....Din... Dan...Din...Dan...







La última muñeca



¡La fiesta de Puertoviejo!

No había estudiante en la comarca que no pensase en ella con un mes de anticipación.

Abogados en ciernes, médicos en canuto, boticarios en embrión, todos los que pisábamos los claustros de la Universidad, nos dábamos cita para aquel pueblo, donde, llevados por la afición á una misma ciencia, la ciencia del amor en que ya éramos maestros, encontrábamos ancho campo que espigar.

¡Como que allí se reunían las jóvenes más hermosas y elegantes, las más llenas y doradas espigas que la *tierra* había visto crecer!

La época por otra parte no podía ser mejor.

Celebrábase el ocho de Septiembre.

Cuando ya habían terminado las duras faenas de la penosa recolección y cerraban sus puertas las paneras plétóricas del feculento grano y el goce de los frutos presentes hacía olvidar las molestias de los pasados trabajos. Cuando el sol había amortiguado los ardores enervantes de sus abrasadores rayos y los escolares estábamos aburridos de las vacaciones y la diversión y el esparcimiento eran una necesidad sentida por todos.

Aquella fiesta era una bendición de Dios, una felicidad.

La franca alegría, la jovial animación y el loco entusiasmo, calentaban los corazones más fríos y soliviantaban las más firmes cabezas.

Poco necesitaba yo para ello.

Había en Puertoviejo una Angelita, hermosa, sí, cual un ángel, pero traviesa como un diablillo. Tan loca, tan bullanguera y alegre, que donde ella estaba era imposible la formalidad.

Y... estaba, estaba en mi corazón del cual se había apoderado un invencible amor.

Tanto que por lo *abobado* que me tenía pensé hacerla *abogada* en cuanto tal cosa pudiera hacer.

Este paso lo reservó para fin de fiesta y fué acertadísimo porque á ella no le pareció mal la carrera.

Al año siguiente un brusco cambio se había producido en el carácter de Angelita.

Ya no era ella el alma de la fiesta. Huía de los ruidosos jaleos, del bullicio atronador.

Ya no resonaban, cual antes, en la plaza, en las

calles, en los salones, en todas partes, sus argentinas carcajadas. Sólo á mí sonreía alguna vez.

Trafame preocupado tan radical alteración y en ella pensaba un momento que, no recuerdo por qué causa, quedéme solo en el gabinete de Angelita.

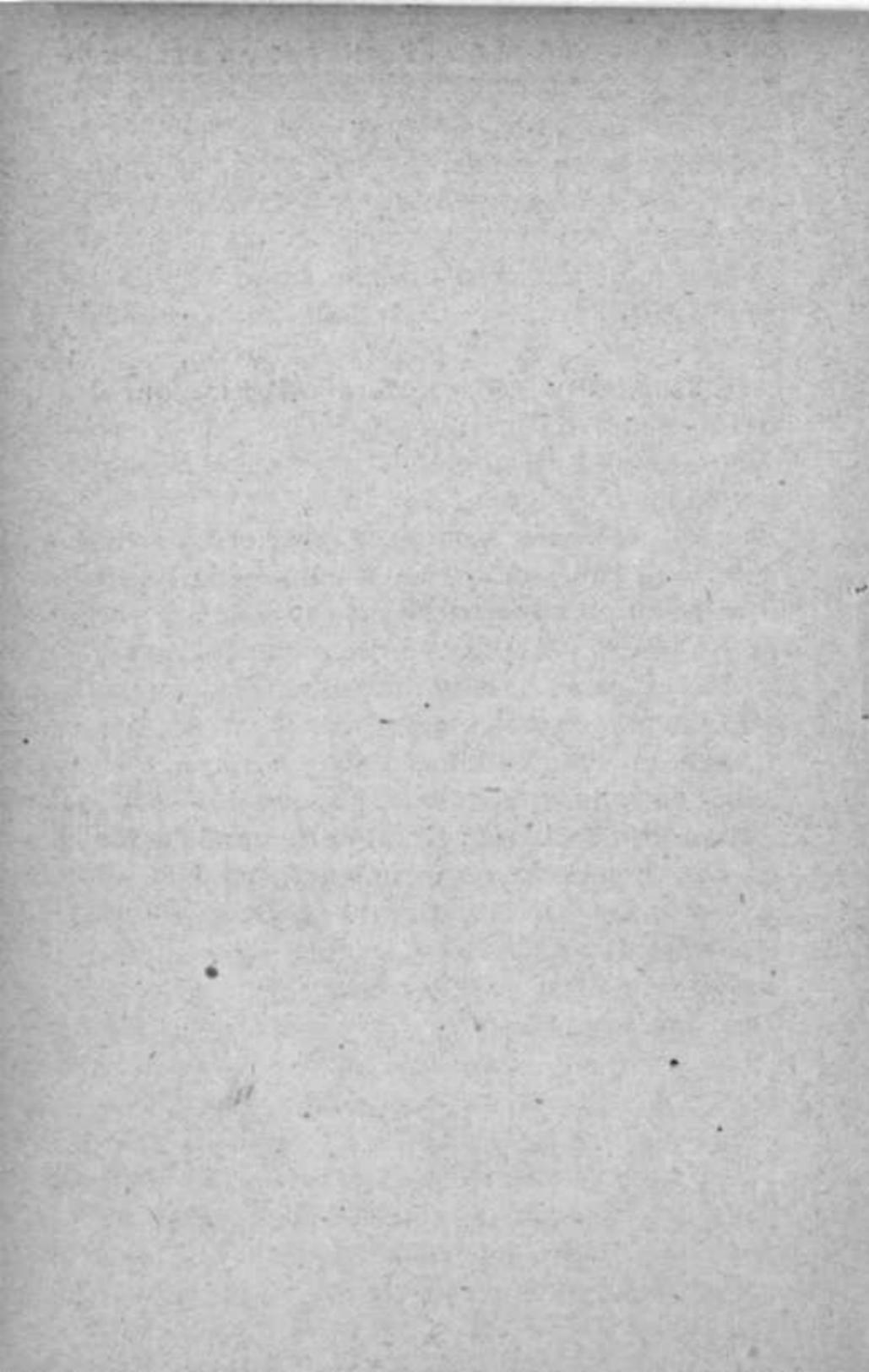
Sacáronme de mi meditación unos lastimeros gemidos que parecían salir debajo de una consola y allí dirigí mi vista contemplando, no sin gran asombro y justa sorpresa, una gran muñeca arrinconada, cuyos pintados ojos me miraban llenos de indignación entrecabriéndose también sus labios para hablar conmigo.

—¡Ah! Tú tienes la culpa de mi triste abandono. Tú eres la causa de que mi amable señorita haya perdido su dichosa jovialidad, su alegre travesura. No juega, no salta ni brinca, porque no te parezca á tí mal. No ríe por no provocar en su rostro arrugas prematuras.

Algo más me hubiera dicho la muñeca á no haber entrado Angelita.

Bien dijo Paillerón: El primer amor de la mujer es, con frecuencia, su última muñeca.







SOBRE EL AMOR



(CARTA A UN AMIGO)

Tienes razón, Juanito. Tu sufrimiento es moral y no ha de ser el médico quien te cure.

¡Dios quiera que los conocimientos que me atribuyes sobre el corazón humano, al que es clerto he dedicado especial estudio y preferente atención, puedan servirte de algo!

Una saeta de fuego se ha clavado en tu corazón, produciendo un tan voraz incendio que, más que sangre, circula por tu cuerpo abrasadora llama.

Eres presa de una enfermedad tan contagiosa que basta una simple mirada para que en un instante se apodere de toda el alma; tan fuerte y avasalladora que convierte en intemperante al

más sobrio, en loco al más prudente y cuerdo, en tonto al más sabio, en débil al más vigoroso y al más valiente ó intrépido en tímido y cobarde; y tan aguda y sutil que corriendo de arteria en arteria y de vena en vena filtrase en todos los tejidos, rebosa todos los miembros, penetra todas las entrañas y trasciende á todos los órganos. En la cabeza ocasiona delirios, ceguera en los ojos, fastidio en el paladar, ardor en la sangre y en el pecho una especie de cáncer que insensiblemente va royendo el alma y el corazón.

¡Enfermo de amor!

Mas no temas; que ni los resultados del mal son siempre funestos ni es incurable tampoco.

Si la mujer que amas es digna de tu amor no hay consecuencias desdichadas que esperar; por el contrario, muy felices y venturosas.

Si quieres que tu amor no sea pasión que te aparte de la felicidad sino que más bien te lleve insensiblemente á poseerla, escoje una mujer virtuosa.

Nada de gracia y hermosura que están llenas de vanidades, caprichos y desengaños muchas veces; que sólo producen sustos, desasosiegos, cuidados y un infierno de continuos temores; que se ajan y pierden en el ocaso de la vida como las frescas y perfumadas rosas se marchitan y deshojan.

Nada de riquezas que te harán gemir cual vil esclavo aprisionado entre cadenas de oro, sí, pero que no oprimen menos que las de hierro, antes mucho más por ser metal más pesado; que serán manzana de la discordia, raíz de graves desavenencias y discusiones.

La virtud y sólo la virtud debe ser la mira de tus deseos amorosos. Hermosura sin igual, porque el recato da realce á la gracia y la modestia nuevo colorido á la belleza, es en su trato bondadosa y sincera, fiel ó inmutable. Riqueza inapreciable, porque da grande sabiduría en los consejos, prudencia en las resoluciones, aliento en los peligros y en los contratiempos firmeza, es magnánima en los proyectos, suave y constante en las empresas. Es hermosa sin vanidad, rica sin soberbia.

Si te persiguen las contrariedades, si la desgracia te arrastra por el polvo de la tierra, si eres víctima de las penalidades y sufrimientos de esta miserable vida, ella te prestará consuelo, valor, sosiego y fortaleza,

Bien sabes que con el amor queda el ánimo baldado y ciego, siempre inclinado hacia una parte y que por lo tanto no dá derecho un solo paso. Pero tu eres prudente, discreto ó ilustrado, habrás mirado el asunto despacio y hecho una elección justa y acertada; en algo te has de distinguir del tonto que aturdido con el primer objeto que vé queda ante su presencia embelesado, se figura que no hay en el mundo cosa mejor y de ella se enamora.

Y si acaso por no haber dirigido bien tú amor es necesario curarle, arrancar la pasión que embelesando el alma nada vé sino su ídolo, nada escucha sino sus armoniosos encantos, piensa en que si un objeto cautiva el corazón puede haber otro mejor que le libre del cautiverio, piensa en que Dios de tal suerte contrapesó en este mundo los bienes y los males, las perfecciones y

defectos, que no encontrarás hermosura sin algún lunar; mira bien el objeto que tanto te agrada, dale vueltas por todos lados y está cierto que ese imán si por una parte te atrae el corazón, por otra lo ha de repeler por fuerza; mira bien ese ídolo que amas y cesará el encanto.

Tu amigo invariable,

Pepe.



Problema



«¡Malditos treinta años,
Funesta edad de amargos desengaños!»

.....
.....
—En verdad que no lo hubiera creído.. .. ¡Tú,
amante platónico de la mujer, soñador romántico,
partidario entusiasta del matrimonio, y haber lle-
gado á los treinta sin que pesara sobre esa cabeza,
el que llamabas delicioso yugo!

No te entiendo, hombre, no te entiendo.

—Lo creo. Es por lo visto difícil tarea el enten-
derme.

Precisamente por eso no me he casado; por no

haber encontrado una mujer que me comprenda.

Y sin embargo, tú sabes que no soy hipócrita, sabes muy bien que mi corazón y mi alma se reflejan en mis palabras, en mis ojos, en las líneas y pliegues de mi rostro todo.....

¡Ah! no soy yo el incomprendible, nó.

Es que en este siglo de confusión y egoísmo no tienen sentido las sinceras palabras, los sentimientos generosos, las ideas nobles y elevadas.

Heme encontrado con corazones muertos, dominados por el egoísmo, que es el veneno de nuestras sociedades, con receptores impasibles á los impulsos del sentimiento, y ha sucedido lo que era fatal y necesario que ocurriese.....una ilusión perdida, un desengaño.

En mis ensueños juveniles, cuando apenas conocía el mundo, cuando, careciendo de otros medios de relación, refería el general sentir y común pesar al mío propio, cuando mi frondoso corazón abundaba en delicados frutos, esperaba encontrar una hermosa jóven, espiritual, apasionada, amante, toda inocencia, candor, delicadeza y cariño, angélico ser de celestial belleza y purísima alma que fuese digna de mi amor.

Confundía la realidad de la vida con el poético mundo creado por mi exaltada imaginación.....

Amé á la primera con idolátrico culto; levantóla en mi alma ara firmísima dó á todas horas ardía el fuego devorador de la pasión y se quemaba aromático incienso.

El ídolo era de barro y se redujo á polvo.

Primer amor, primer desengaño.....

La segunda.....mas ¿á qué seguir? La segunda y la tercera, todas, todas, lo mismo.

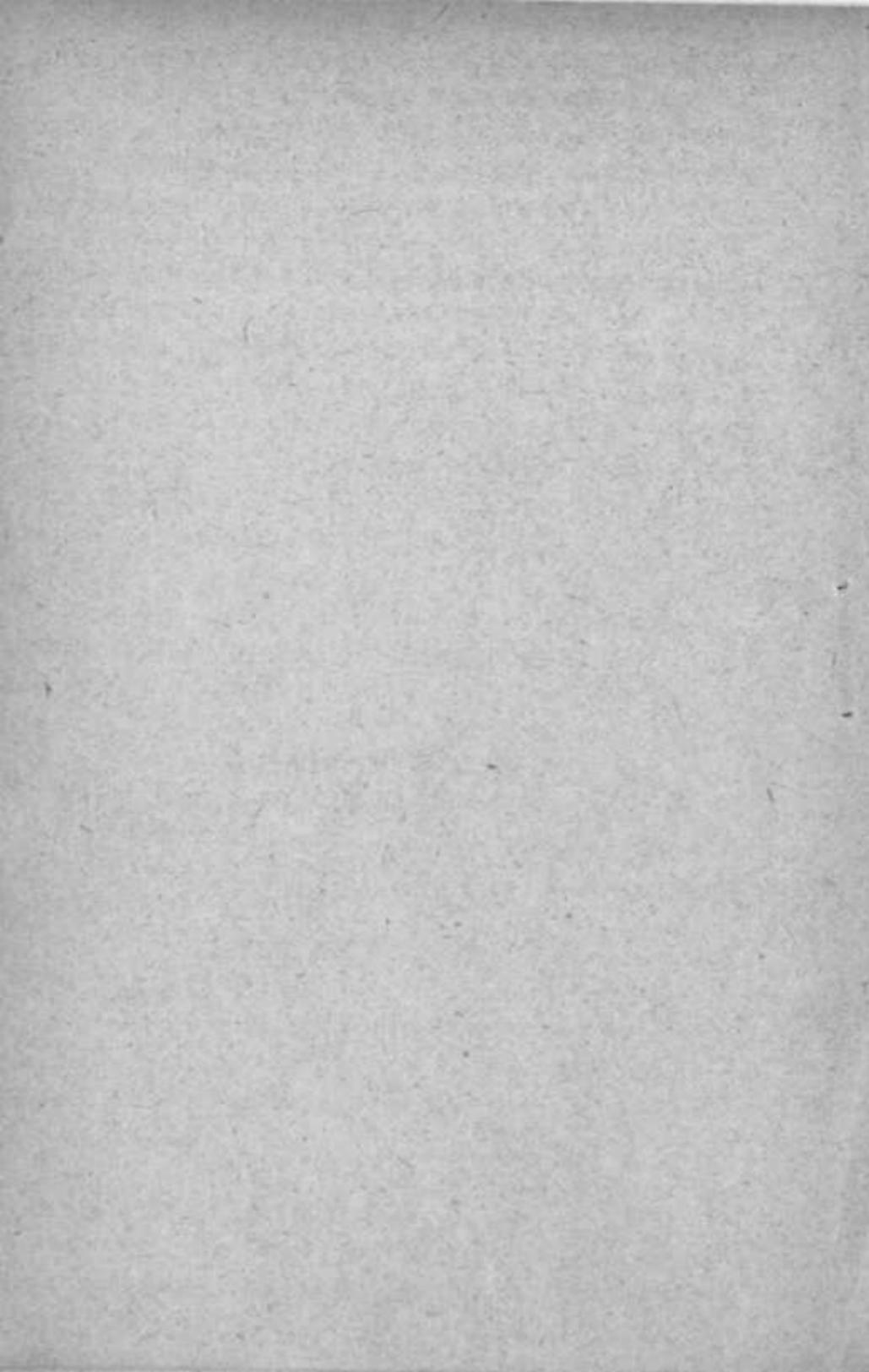
¡Cuántos desengaños! ¡Cuántas hojas caídas en el árbol lozano de mi corazón!.....

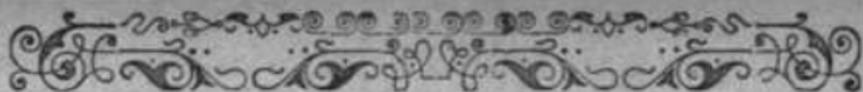
Desnudo de toda ilusión he llegado ya al invierno moral de la vida.

Sin velo que nuble mi vista puedo ver claro en la realidad.

¿Qué tiempo ha sido mejor?







El Vals



En verdad, querido, que no comprendo, no puedo explicarme esa aversión tan profunda, esa tan grande repugnancia que al vals tienes.

—Pues ni es incomprensible, ni inexplicable tampoco: tiene su explicación y no tardarás en saberla.

Ante todo, Juanito, dispénsame si antes no te he hablado de esto. Habíame prometido olvidarlo y así lo he cumplido. Pero hoy quiero satisfacer tu curiosidad, porque entiendo estás forjando en tu imaginación aventuras novelescas, dramas terribles, y vale más que conozcas la verdad en toda su realidad y desnudez.

Ahora escucha y juzga después.

Consuelo tenía trece años y yo contaba quince, Varias veces te he hablado de ella y siempre te he dicho que la amaba. ¿Y cómo no amar á aquel hermoso angelito, de tez blanquísima, aterciopeladas mejillas, rubios cabellos, recogidos con sin igual sencillez en dos apretadas trenzas, solrosados labios, siempre entreabiertos por la más bondadosa cuanto graciosa sonrisa, y rasgados ojos del azul más puro, fieles espejos de la pureza de su alma?

Sí, la amaba, la amaba con ternura y era correspondido con delirio. Juntos habíamos crecido, al mismo tiempo se había formado nuestro corazón, y nuestros pensamientos eran idénticos, lo mismo que nuestros sentimientos. Para el uno no había más mundo que el otro. Cierta que algunas veces los ojos de Consuelo adquirían una expresión soñadora, se hinchaban las ventanas de su bien modelada nariz, y su boca se entreabría como para aspirar con fruición algún delicado perfume; pero no por eso me amaba menos y á mí en nada me preocupaba.

Completamente satisfechos, sin desear nada, éramos felices en medio de nuestra pureza ó inocencia. Mas, ¿quién habló de felicidad en este mundo?.....

Llegó el santo de Consuelo y sus buenos padres quisieron celebrar los días de su única hija con la mayor brillantez. A este fin nada les pareció mejor que dar un gran baile de confianza al que fueron invitadas sus numerosas y distinguidas relaciones.

A la hora prefijada ya circulaban por los magníficos y bien adornados salones lindas y nume-

rosas parejas. Unas inquietas, moviéndose sin reparo, esparciendo por doquiera la franqueza y alegría de la niñez; otras, pausadas, con estudiados movimientos, haciendo alarde de esa pedantesca formalidad de la juventud, y todas ofreciendo ancho campo de estudio al filósofo y al observador. Yo, que no era entonces dado á filosofías, permanecía impasible ante tan encantador espectáculo y todo mi espíritu estaba concentrado en Consuelo.

Era de ver la delicadeza con que aquella muiercita de trece años hacía los honores de la casa. Para todos tenía una graciosa sonrisa, una palabra de agradecimiento, una frase oportuna; pero sus miradas, te lo diré con orgullo, sus miradas eran mías.

Con su *toilette*, tan elegante como sencilla, estaba encantadora. Siu que me ciegue la pasión, era la reina de la fiesta.

Me rebosaba la satisfacción, y apenas la música dejó oír los primeros acóordes ofrecíla mi brazo. Necesitábamos contarnos nuestros pensamientos y hablamos tanto que dudo si bailamos.

Terminó aquél baile y empezamos á cumplir los compromisos que la cortesía impone.

El salón había ido animándose gradualmente y el baile estaba en su apogeo. Las parejas rivalizaban en gracia, agilidad y destreza, y todas luchaban con entusiasmo por alcanzar la victoria.

Tal torbellino me mareaba y me sentó.

Quería además no perder ningún incidente en aquella lucha entablada, lucha de vida ó muerte para el amor propio de la mujer y que á mí me interesaba por Consuelo.

Oi los primeros compases de un vals y temí por ella. ¿Cómo aquella tierna y delicada flor iba á resistir las vueltas vertiginosas del impetuoso vals? La lucha me parecía una temeridad.

Mas bien pronto renació en mi corazón la esperanza al conocer su pareja: era Carlos. Un joven algunos años mayor que yo, estudiante ya de facultad, y á quien yo consideraba. Bailaba bien, era fuerte y ágil, y pronto logró atraerse las miradas de la concurrencia.

Sentíame orgulloso porque veía á ella satisfecha; así me lo decían sus deliciosas miradas.

Con aquel primer triunfo la batalla se hizo más tenaz. Las pocas parejas que quedaban, enardecidas por la lucha, apresuraban sus movimientos, redoblaban su agilidad y aquilataban su destreza, arrastrando tras sí á la música en su vértigo enloquecedor.

En tanto, Consuelo, pálida, sin fuerzas para sostenerse ni casi para respirar, se abandonaba en los brazos de Carlos, quien con diabólica sonrisa la apretaba contra su pecho. En vano mis ojos buscaban los de Consuelo. Desencajados, hipnóticos, no se separaban de los de Carlos.

Tan brusco cambio atormentaba mi espíritu, estremecía mi corazón, que latía con inusitada fuerza, y enloquecía mi cerebro. Mi cabeza no podía sostenerse y cayó sobre el pecho.....

Un atronador aplauso arrancóme á la realidad y mis extraviados ojos se fijaron en una sonriente pareja que iba recogiendo las más calurosas felicitaciones.

¡Eran Carlos y Consuelo! Sí; ¡Consuelo, á quien balbuceé algunas palabras y no me escuchó!

¿Sería cierta mi desgracia?

¡Ah! quería cerciorarme y esperó. Media hora estuve observando y me pareció un siglo. Durante ella Carlos no se separó de Consuelo que le escuchaba complaciente. Ni sus ojos buscaron á los míos, ni se tomó la molestia de preguntar por mí. No podía resistir más y salí....

¡Era mi primer desengaño!...

Por largo tiempo muy pocas veces ví á Consuelo, que apenas salía de casa, y ni una siquiera la saludó.

Cuántas veces nos encontrábamos, bajaba sus encendidos ojos y una lágrima furtiva rodaba por sus pálidas mejillas, antes tan sonrosadas. La pobre niña pagaba su falta con creces.

Llegó un día á conmoverme tanto, que acercándome á ella provoqué una explicación.

Su historia era la que tantas veces he oído repetir después. Dulces y vanas palabras, engañadoras promesas, artera presentación de placeres desconocidos, el vals, el vértigo, la embriaguez..

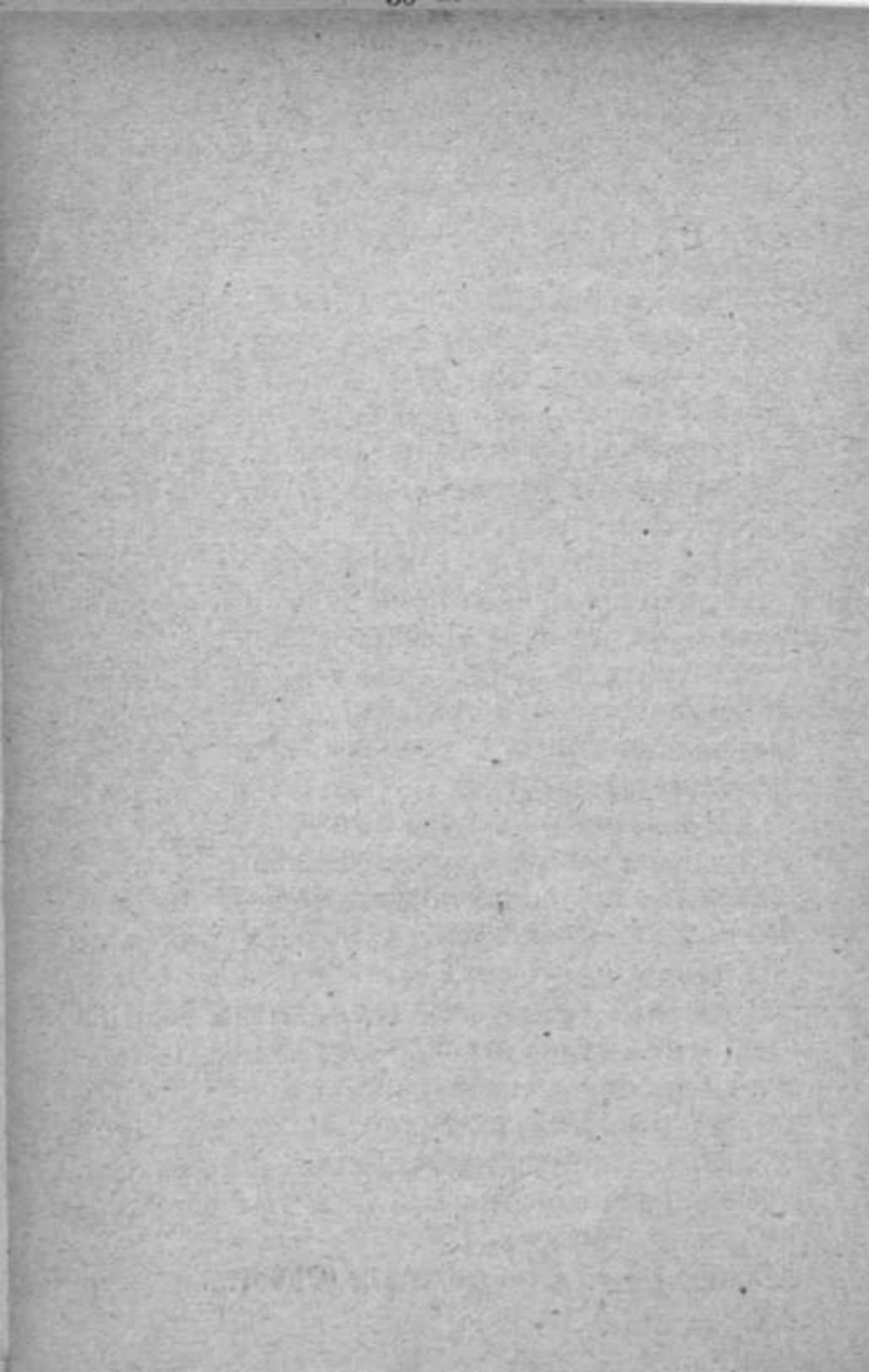
¡Ah! siempre el lobo y el cordero.

Creí debía perdonarla y la perdoné.

Entonces me hice la misma promesa que Goethe, en su famoso libro *Werther*, pone en boca de éste.

Después de haber valsado con Carlota escribía á Guillermo: «Te lo diré ingenuamente, Guillermo; entonces me hice el juramento de que mujer que yo amase y sobre la cual tuviese algún derecho, no valsaría jamás con otro que conmigo; jamás aunque me costase la vida. ¿Me comprendes?.....»

Lo demás, ya lo sabes, amigo Juanito.





¡GLORIA!

(Introducción de un libro in. mente.)

Era el mes de Julio de 1888, y después de todo un curso pasado entre ecuaciones y líneas, entre raíces reales é imaginarias, nada tiene de extraño que mi cuerpo ansioso del movimiento, que es la vida, protestase en silencio con su flojedad y languidez de la inacción á que estaba condenado, en tanto que mi cerebro tronaba con secos golpes, que resonaban en mi ardorosa frente y hundidas sienas contra el exceso de actividad, quó es el vértigo, la locura.

Deseando satisfacer á uno y otro, dar tranquilidad á mi espíritu, reposo á mi fatigada imaginación y actividad á mis entumecidos y aplastados miembros, nada me pareció mejor que reti-

— 50 —
rarme durante los meses de verano al pintoresco pueblecillo de S.....

Y en verdad que no tuve ocasión de arrepentirme; la alegre soledad de aquellos hermosos y bien cultivados campos que doraban las ya granadas mieses, sombreados por seculares encinas y verdes alamedas, refrescados por aromático ambiente é iluminados por un sol brillante al que servía de espléndido marco un cielo despejado y sereno; la ruda sencillez de aquellos bonachones y activos aldeanos, la franca jovialidad de las juguetonas cuanto laboriosas lugareñas; todo aquel conjunto tan encantador y admirable era mucho más de lo que yo pudiera apetecer para el logro de mis deseos.

Allí no había nada de la artificiosa y emponzoñada vida de las poblaciones; era una vida dulce como la mirada de las pudorosas campesinas y tranquila cual la conciencia de los honrados labriegos. Sus cuerpos airosos y robustos, sus erguidas cabezas y sus despejadas y serenas frentes acusaban una ignorancia absoluta de lo que son las noches de insomnio pasadas ante una mesa con el pecho apoyado en sus bordes, alumbrados por la amarillenta y perniciosa luz de un quinqué, rodeados de la pesada y viciada atmósfera del tabaco, tan buena para excitar la inteligencia como para destruir los mal desarrollados pulmones, molestados por la seca tosecilla que el cigarro produce, inclinada la cabeza sobre interminable libro, y tratando de dar forma á rebeldes y no bien distintas ideas ó de descifrar algún concepto tan oscuro como difícil.

Pero lo que más contribuía á hacer agradable

mi estancia en S... era la amistad de Carlos. Tan distinguido era su porte, tan expresiva é inteligente su mirada, su rostro tan simpático y bondadoso, su trato tan franco y delicado, tan juiciosos y elevados sus pensamientos, tan noble su corazón, tan sanas sus creencias y tan recto y claro su criterio, que á los tres días de conocerle ofrecíle mi sincera amistad sabiendo hasta tal punto captarme la suya, que á los pocos días no había secretos entre nosotros.

Hijo único de unos honrados y bien acomodados labradores, tenían en él puestos sus ojos, valga la palabra, sus buenos y cariñosos padres.

Otras tres personas existían para las cuales tampoco había más mundo que Carlos; eran Rosa y sus padres, los más ricos labradores de S.....

Unidas las dos familias, casi tan iguales en fortuna como en probidad y honradez, por antiguos lazos de íntima amistad, desde el nacimiento de Carlos y Rosa no pensaban sino en estrecharlos más por el matrimonio de sus dos únicos hijos.

Felizmente no habían fabricado sobre arena como tantas veces sucede. Carlos y Rosa se amaban, y se amaban no con la locura y volubilidad de la pasión, sino con la constancia y dulzura del sentimiento.

Ciertamente que Carlos no podía haber escogido mejor el objeto de su amor. pues Rosa unía á sus naturales encantos, que no eran pocos, una educación esmerada, para lo que en los pueblecillos se acostumbra, una clara inteligencia, y, sobre todo, un hermoso corazón con cuyas más tiernas fibras había fabricado delicado altar cuyo idolo era Carlos.

Pareja tan admirable no podía menos de llamar la atención en el pueblo, no siendo raro que al verlos pasar juntitos por la calle entablasen las vecinas conversaciones como esta:

—Mialos, Casimira, parece que han nacido el uno pa el otro.

—Y di que así es, Petra, porque antes de nacer ya les habían hecho la boda.

—Cuidiao que son finos y guapos dambos; si fuesen á Salamanca en la feria los habían de mirar más que á los bichos de la Hestoria Natural.

—Es verdad; son el orgullo del pueblo.

.

Todo parecía sonreír á Carlos. Diez y ocho años, una novia de su misma edad, buena, cariñosa y rica, y lo bastante para no tener que pensar en la prosa de la vida, me parece que son cosas más que suficientes para hacer feliz á cualquiera.

Y sin embargo, Carlos no lo era. Así me lo confesó en nuestros largos y solitarios paseos.

Acababa de salir del colegio donde había estudiado el Bachillerato, con un aprovechamiento tal que había merecido las alabanzas de cuantos le conocían, llevando la satisfacción, más todavía, el entusiasmo, á los cariñosos corazones de sus padres, de Rosa y de los padres de esta.

Contentos todos con la brillante instrucción de Carlos deseaban que dando éste por terminados sus estudios se dedicase al descanso y al goce de su fortuna juntamente con el del cariño de Rosa que antes de dos años sería su mujercita.

Pero eran más grandes las aspiraciones de mi amigo.

Ya he dicho que amaba á su novia, esperaba con ansia el momento de unirse á ella con indisoluble lazo del matrimonio: mas aficionado al estudio, repugnábale tan pronto la inacción, quería conocer el mundo que apenas había entrevisto en su cuarto del colegio, deseaba ser útil á la sociedad, á la patria que tan entrañablemente quería..... y soñaba con ver brillar en sus sienes la aureola de la gloria.

En vano el tío Pedro, su padre, y el tío Serafin, padre de su novia, hicieronle ver con ese buen sentido de los labriegos los desengaños que había de sufrir, las decepciones que le esperaban y las injusticias y miserias con que había de luchar á cada paso; en vano la tía Mónica, su madre, y la tía Cándida, madre de Rosa, le contaban en pintoresco lenguaje los dulces goces de la tranquila vida del pueblo; en vano Rosa le pintó en conmovedoras palabras los sinsabores de la ausencia, la falacia de esos triunfos que buscaba, lo innecesario de nuevos trabajos y sacrificios, pues no por eso le amaría más, y la facilidad de que la ambición ó el orgullo le alejasen de su Rosita que le amaba tanto como no sería capaz mujer alguna; en vano yo también le hice algunas ligeras reflexiones, todo fué inútil. Más aún, tan cariñosos ruegos no hacían más que enardecer en su corazón el más grande de los entusiasmos; pues viendo en ellos no otra cosa que un exceso de amor, quería hacerse digno de él, trabajar con ahinco, luchar con fé contra obstáculos y fatigas y..... volver con los laureles de la victoria.

Estaba decidido. Estudiaría la carrera de abogado y se iría á Madrid.

Sí, á Madrid. que cuanto más reñida y encarnizada, más fatigosa y cruenta, fuese la lucha, más brillantes serían los triunfos, más gloriosa la victoria.

Tanto fuego y entusiasmo, tanta confianza y valor, no pudieron menos de interesar mi corazón, y, antes de separarme de Carlos, exigi de su amistad que me hiciera su confidente escribiéndome sus impresiones, sus esperanzas y deseengaños, sus triunfos y decepciones.

Así me lo prometió y no ha faltado á su palabra.

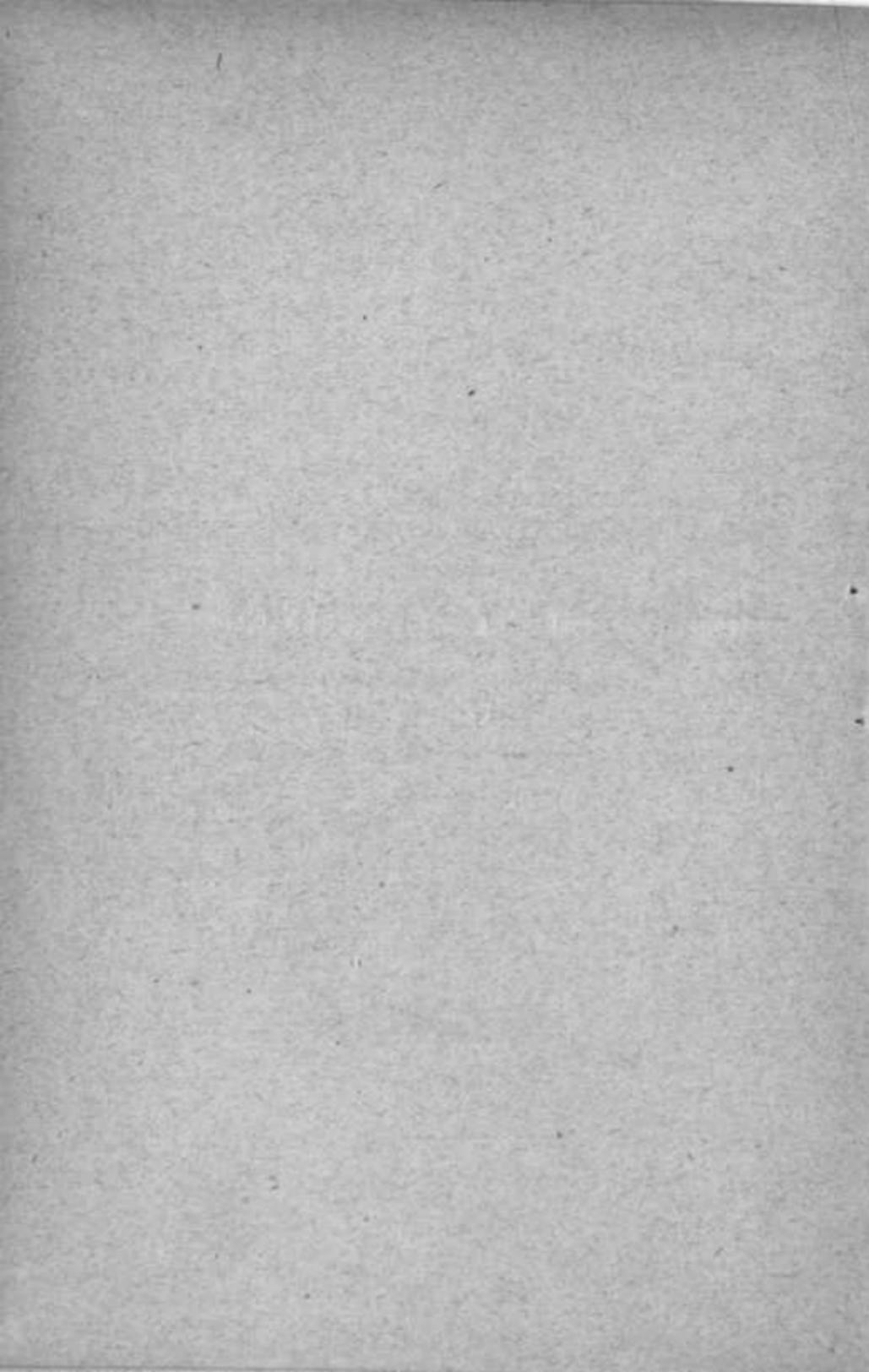
Sus epístolas, lector benévolo, son las que en este librito, y bajo el título de *Gloria* hoy ofrezco á tu ilustración ó indulgencia.

Para ello tengo el permiso de Carlos á quien ya ni le atrae la gloria, ni le enloquecen los laureles, ni le halagan las coronas de perfumadas y delicadas flores.

Está muy contento y satisfecho con haber entrado en posesión, no ha muchos meses, de la flor que hoy le arrebató y embriaga en medio de su felicidad, de Rosa.



CUENTO CIENTÍFICO



A los eminentes escritores don
José Echegaray y don José R. Ca-
rracido, como testimonio de ad-
miración y respeto, dedica este
Cuento Científico

El Autor.





AMOR Y LOCURA

I

EN EL FONDO DE UNA CÁPSULA

¡Qué buen amigo era Alfredo!

Su conversación agradable, aunque erudita, su clara y bien desarrollada inteligencia, sus nobles aspiraciones, sus elevados pensamientos, hacían que su amistad no fuese perniciosa ni aun siquiera frívola é inútil, sino provechosa y ventajosísima.

Cierto que su carácter pecaba de excesiva seriedad; que sus frases eran secas y sentenciosas, y que, entregado por completo al estudio, la vida del sentimiento, las dulces aspiraciones de la juventud, parecían letra muerta para él; pero allá en el fondo se adivinaba un hermoso y sano corazón.

Estudiante como yo de la Facultad de Ciencias Físico-Químicas, en una universidad de provincias, sentía un gusto extremado y una decidida afición por la química; respiraba con fruición los gases más nauseabundos; saboreaba con placer las sustancias más desagradables; deleitábase su vista ante un copioso precipitado ó una colorada perla; enloquecía su cerebro con la feliz obtención de un cuerpo delicado, y su corazón se conmovía ante el bullicioso movimiento de los átomos al combinarse, el tumultuoso desprendimiento de gases y los varios y bellos fenómenos que acompañan al acto de la combinación química.

¡Cuántas veces sorprendile en el laboratorio con los codos apoyados en la mesa de trabajo, abstraído por completo de cuanto le rodeaba, la cabeza fuertemente estrechada entre sus manos, contenida la respiración y siguiendo con ávidos ojos el irregular movimiento de líquido indefinible contenido en porcelánica cápsula!

En la primera ocasión que así le encontré, acerqueme á él sin precauciones y saludé; pero al ver que no contestaba ni se movía, al observar yo no sé qué extraño fulgor en sus ojos, creí estaba ante un caso de científico éxtasis y decidí esperar ahogando mi excitada curiosidad.

Al cabo de un rato, el movimiento cesaba en la cápsula y el líquido en ella contenido adquiría el reposo y homogeneidad de la especie química.

Un ligero estremecimiento recorrió el cuerpo de Alfredo, irguióse su cabeza, poco á poco fueron sus ojos recobrando su natural brillo, y, fijándose en mí, preguntome con una voz tan dulce como jamás le había oído:

—¿Hace mucho que estás aquí?

—Sí, respondí. Mas al ver que no contestabas á mi saludo ni te dabas cuenta de mi presencia, he querido respetar tu arrobamiento.

—Dispénsame, amigo mio; pero no sé qué misterioso atractivo ejerce sobre mí este fenómeno de la combinación que no puedo presenciario indiferente; mis ojos no aciertan á separarse de los cuerpos reaccionantes como si quisieran adivinar esa irresistible fuerza que impele unos átomos sobre otros, que los une y compenetra para formar un todo y cuyos efectos sensibles son movimiento, calor, luz..... vida en una palabra; mi cabeza no puede sostenerse y tengo que sujetarla entre mis manos; mis sentidos se cierran á la realidad y una lenta metamorfosis se verifica á mi alrededor.

Vause perdiendo las líneas del laboratorio y sólo la cápsula queda ante mis asombrados ojos aumenta sus dimensiones, se agranda, desaparece, por fin, su forma, y en su lugar queda inmenso y tranquilo Océano del cual surge un paraíso tan hermoso como jamás pudo soñar la imaginación oriental más exaltada.

Majestuosos volcanes, encrespadas sierras, montañas imponentes, exuberantes bosques, caprichosos arroyuelos y cristalinas fuentes, verjeles deliciosos de irisadas y perfumadas flores, que cruzan, en fantástica y voluptuosa danza, acompañada de una música dulce y arrebatadora y de amorosos y embriagadores cánticos, parejas bellísimas cuyos lindos rostros ilumina fosforescente luz..... nada, nada allí falta; y ante tan sublime y encautador espectáculo créome trasladada-

do á un mundo desconocido de dichas y alegrías, de venturas y placeres.....

Mas, cesando la reacción, el encanto desaparece y vuelve mi espíritu á la desconsoladora realidad.

—Bravo, soberbio, querido Alfredo. La descripción no ha podido ser más entusiasta, y al oírte no cabe dudar de la verdad de tus asertos. Es más, chico, te envidio porque á mí nada de eso me pasa.

Y dime, ¿no sabes explicarte tal alucinación, éxtasis ó como quieras llamarlo?

—Sí; escucha y comprenderás. Apenas tenía doce años cuando perdí á mi madre, á mi queridísima madre. Sin el calor de sus besos y caricias, sin el precioso rocío de sus lágrimas, sin el abrigo de su amoroso regazo, mi corazón se agostó al abrir sus delicados pétalos al amor.

¡Sólo á los que tenéis madre envidio en este mundo!..

Desde entonces toda la vida inmaterial se ha replegado en mi cerebro, y mi corazón funciona como la última víscera de este miserable cuerpo.

Dedicado con afán al estudio, los triunfos del entendimiento han podido satisfacer mi conciencia, pero no conmover mi corazón.

Únicamente cuando asisto á una combinación química, cuando veo la precipitación y entusiasmo con que los átomos obedecen á esa fuerza electiva que los dirige hacia sus afines, cuando contemplo lo íntima y estrecha de su unión y el bullicio y regocijo con que la celebran...entonces, y sólo entonces, siento que mi abatido corazón se rejuvenece y anima, que aún vibran las cuer-

das del sentimiento, rotas, según mi creencia, con el brusco y temprano estremecimiento del primero y fatal golpe, que la esperanza me sonríe, y que yo, átomo invisible del género humano, puedo encontrar en medio de su multitud el átomo que me está destinado y cuya presencia me atraerá con esa fuerza tan invencible como misteriosa, tan incomprensible en su causa como conocida en sus efectos....el amor.

Si, el amor que, al unirnos en indisoluble lazo, acompañará nuestra unión de regocijo y alegría, de dicha y felicidad.

—Sublime, Alfredo, sublime. Eres creyente en el amor y fatalista.

—Cierto.

Los que dicen terminó la época de los Abelardos y Eloísus, Romeos y Julietas, están en un error. Nó; mientras haya hombres habrá Abelardos y Romeos; en tanto existan mujeres no faltarán Eloísus y Julietas; pero es preciso que Abelardo encuentre á su Eloísa, que Romeo halle á su Julieta.

—Y claro, como el mundo es tan grande, casualidad, y no pequeña, será el que se encuentren, y de ahí los excepcionales casos de ese heroico y avasallador amor.

Bien, amigo, me satisface la teoría y desde ahora me declaro tu apóstol.

Desde que Alfredo me hizo su extraña confesión esperaba que un día ú otro, no muy lejano, veríamos trocarse en frialdad su entusiasmo, su gravedad en ligereza y en loca expansión su retraimiento.

Para mí sus ideas y pensamientos no eran sino clara y elocuente manifestación de un fenómeno tan natural como sencillo.

La temprana muerte de su madre querida, la fidelidad á su recuerdo, el culto á la ciencia, habían aletargado su corazón que muy pronto despertaría á la voz de una mujer.

Mas debo confesar que pasó aquel año y otro y terminó Alfredo su carrera sin que ni su carácter cambiase ni viese yo realizados mis cálculos y esperanzas.



II

EN EL FONDO DE UN CRISOL

Desde el año 89 en que Alfredo pasó á Madrid á cursar el Doctorado no había sabido de él.

Mas no há muchos días por una de esas casualidades tan frecuentes en la vida he llegado á conocer su historia.

¡Historia triste por cierto!

Nos hallábamos reunidos varios amigos en un café de esta corte, y nuestra conversación recayó sobre el tema inagotable del amor.

Yo, creyendo producir sensación, expuse las teorías de Alfredo. Pero no había terminado, cuando Enrique, estudiante de Derecho que me había sido aquella noche presentado, interrumpióme diciendo:

—Conozco esas ideas. Son muy bellas y halagadoras; pero, créame usted, amigo mío, conducen á la desgracia. Lo sé por experiencia.

—¡Cómo!...—no pude menos de exclamar.

—Sí, es una larga historia. La de un apreciable compañero mío de cuarto y que, ahora recuerdo, había hecho su carrera, la de usted, en la misma

Universidad también. Es muy posible que usted le conociese. Se llamaba...

--Alfredo, ¿es verdad?

—En efecto, ese es su nombre.

Y ¿qué le ha sucedido á mi pobre amigo?

Hable usted Enrique.

—Sí, sí, cuente usted, pidieron los demás compañeros á quienes la conversación empezaba á interesar.

—Pues que ustedes lo quieren, principiaré.

Cuando el curso pasado llegué á Madrid, á ocupar mi habitual cuarto de estudiante, encontréme con un compañero que por su aplicación y formalidad, por su trato fino y delicado, captóse desde luego mi simpatía y no mucho tiempo después mi aprecio y amistad.

De sus labios escuché por primera vez lo que sobre el amor acaban ustedes de oír, y debo confesar que no sin admiración y asentimiento.

Con tales ideas, yo que conozco á Madrid y sus hijas, que sé cuán poderoso es su atractivo con el fuego y encanto de sus miradas, la gracia y dulzura de sus palabras y la zalamería incomparable de sus finísimos modales, comprendí que mi nuevo amigo no tardaría mucho tiempo en enamorarse.

Así sucedió.

Entre las numerosas personas á quienes Alfredo venía recomendado se encontraba el rico comerciante D. Ricardo H... establecido en la calle de C...

Cuando tocóle el ordenado turno que tenía introducido, hizo esta visita. Lo que en ella pasó no tardé en saberlo, pues Alfredo, antes tan pruden-

te y hasta avaro en sus palabras, no ceso, durante la comida de hablar con una persistencia y animación, en él increíbles, de la visita que por la tarde había hecho. En realidad nada de particular había sucedido.

D. Ricardo le recibió amistosamente y presentó á su señora y á su única hija María, que le había acogido con exquisita galantería y amabilidad.

Mas á juzgar por la descripción que de aquella me hizo no me cupo duda de que sus bellezas y encantos eran la causa del brusco cambio de Alfredo, de sus expansiones y entusiasmos.

Salimos de paseo y siempre hacía recaer la conversación sobre D. Ricardo y su familia, deshaciéndose en elogios de la benévola recepción que le habían dispensado y que yo por mi parte tan natural encontraba.

Si por acaso hablábamos de otra cosa, eran tan frecuentes sus distracciones, que teníamos que dejarlo.

Aquella noche no pudo estudiar.

Tenía el libro delante; mas su inteligencia no funcionaba atrofiada por el predominio excesivo del corazón. Este despertaba con toda la actividad y energía por tanto tiempo acumuladas.

Yo observaba y callaba dejándole entregado á la dulzura del más hermoso sentimiento.

Desde aquel día sus visitas á D. Ricardo fueron frecuentes, lo mismo que los paseos por la calle donde habitaba.

Sin embargo, aún no se había dado cuenta de su amor y yo tuve por delicado y prudente desempeñar el papel de mudo espectador.

Pero no podía permanecer por mucho tiempo desconocida para su clara inteligencia la naturaleza del sentimiento que hacia María le impulsaba, y al mes justo de conocerla, en el momento que pasábamos por la calle de C... para ir al vespertino paseo, según era ya costumbre establecida, dijo Alfredo encarándose conmigo:

—Eres un buen amigo, Enrique, y he estado abusando de tu bondad.

—¿Tú abusar? No te comprendo.

—Sí, Enrique, sí. Hace un mes que sin consultarte, acaso contrariando tu voluntad, pasamos por esta calle haciéndote esclavo de mi capricho.

Mas dispénsame, estoy ciego. Ya sabes que el amor es ciego y yo...yo estoy enamorado de María.

—Já, já, já. La noticia es fresca.

—¿Te burlas?

—Nada de eso. Sino que ese amor que de confesarme acabas, hace ya un mes que lo sabia.

Desde que hablastes de María por primera vez; yo que conozco tu carácter, que comprendo tu corazón, adiviné la amorosa pasión que en él se iba desarrollando y de la que nada he querido decirte aguardando tu confesión que al fin hoy ha llegado.

—Gracias, Enrique, gracias.

—No hay gracias que valgan. Lo que es necesario, una vez que ya conoces tu amor, es que, sin vacilaciones ni dudas, mañana mismo, expongas á María tus pretensiones, y... buena suerte.

Estoy seguro que esa distinguida señorita ha apreciado ya tus sentimientos y espera impaciente tu declaración. Ahora bien; de la impa-

ciencia al despecho no hay más que un paso, y es el despecho activo y sutil veneno que filtrándose en el corazón de la mujer intoxica y destruye las más generosas y felices predisposiciones.

Conozco yo más de un drama que á no haber jugado tan importante papel el despecho de una mujer...

—Si; hubiera sido comedia.

Bien. Seguiré tu consejo.

Al día siguiente y á la hora de nuestro acostumbrado paseo despidióse de mí Alfredo en la calle de C... penetrando en la casa de D. Ricardo resuelto á hacer saber á Maria su impetuoso y avasallador amor.

Dos horas después estaba yo en mi cuarto esperando con ansiedad la llegada de Alfredo.

Su amor me interesaba y no era por mera curiosidad, nó.

Había tal encanto y pasión en sus esperanzas amorosas, eran tan halagadoras y fantásticas sus ideas sobre este asunto y se columbraba en su fondo tales visos de verdad, que no podía menos de esperar impaciente los resultados de la experiencia.

La prueba hecha por su mismo autor daríanla además un mérito extraordinario.

¡Prueba terrible cuyas fatales consecuencias estaba yo muy lejos de poder adivinar!

A los pocos momentos entró Alfredo retratándose en su rostro la satisfacción y alegría que su alma inundaba.

—¡Soy feliz! ¡Soy feliz!—exclamó sin dar siquiera lugar á que le dirigiese la palabra.

María, la hermosa María, mi María, que así puedo ya llamarla, me ama, sí, me ama.

Escucha.

Subí á su casa y como los criados saben muy bien la confianza con que sus señores me tratan, introdujéronme sin prèvio anuncio en el gabinete de mi amada.

Allí estaba ella más hermosa que nunca, cubierta con un rico peinador cuya límpida blancura hacía resaltar más sus hermosas trenzas de negros cabellos, muellemente tendida en una mecedora y... sola, sola.

Todo esto, que abracé de una sola mirada, produjome una impresión tan fuerte que, entregándome á la más dulce contemplación, dudo si saludé.

Con singular gracia y encanto invitóme María á tomar asiento. Seguía impresionado y mis labios no se despegaban.

—Mi mamá ha salido á una visita; pero mi papá está en su despacho; ¿quiere usted que le llame?

Las palabras de María me sacaron de mi arrobamiento y contesté enseguida:

—No, nó, María. Necesito hablar á Vd.

—¿A mí?—Y un relámpago de alegría cruzó sus inteligentes ojos.

—Sí; á Vd., que es la mujer de mis ensueños, de mis ilusiones y esperanzas, á Vd., que ha logrado despertar mi corazón del aniquilamiento en que le había sumido la muerte de mi querida madre, á Vd., á quien tantas veces he visto en mis sueños y alucinaciones conduciéndome con su linda mano á la dicha y felicidad, á Vd., á quien me dirige el irresistible impulso de misteriosa fuerza...

—Pero Alfredo, ¿está Vd. loco?

—Sí, María, loco, loco de amor.

—Lo había adivinado.

—¡Ah! lo había Vd. adivinado, luego Vd. me ama.

—Silencio, ya hablaremos. Mi papá.

.....
—Dé manera, amigo Alfredo—le dije—que...

—Lo que ha callado su lengua me lo ha dicho su corazón cuyos acompasados movimientos iban acelerándose á medida que aumentaba la pasión de mis palabras hasta ponerse al unísono con los latidos del mío enamorado. Natural efecto del amor.

Alfredo era dichoso. Amaba y era amado, y parecía que la felicidad se había enseñoreado de su alma.

Mas ¡cuán poco duró!

Al levantarme una mañana encontréle estudiando con un afán y atención ya en él inusitados. Su desencajado rostro acusaba una noche de penoso insomnio.

—¿Como es eso?—le dije.

—No te extrañe, Enrique.

Necesito estudiar, estudiar mucho.

María me ama, pero es ambiciosa.

Mi amor la llena de alegría y felicidad, pero la seduce el lujo, los coches, los diamantes, las reuniones brillantes, los espléndidos saraos.

¡Ah! los diamantes.

¿Quieres diamantes? pues los tendrás—dijo exaltándose cada vez más,—sí, los tendrás; y tan límpidos, grandes y hermosos como no se habrán visto jamás...

Pocos días después Alfredo había pedido un cuarto del que había hecho su laboratorio.

Allí se encerraba y sólo á mí era permitida la entrada.

No tenía necesidad de abusar de su permiso para saber á lo que se dedicaba. Me bastaba, después de haber oido sus palabras, conocer el muchísimo carbón que gastaba.

El infeliz perseguía la cristalización del carbón para la formación artificial de los diamantes.

Empecé á temer por Alfredo.

Llególe una carta por el correo interior que llevaron á mi cuarto, y conociendo la letra de María, me apresuré á llevársela al laboratorio, donde él estaba trabajando.

Allí le encontré delante de un gran hornillo relleno de brillantes ascuas y mirando con avidez, con toda su atención y cuidado, unos crisoles entre ellas casi enterrados.

Era sin duda el momento crítico y decisivo de la operación, pues declaróme que ni siquiera podía leer, y que yo lo hiciese.

Accediendo á su ruego abríla y leí:

«Alfredo: Ha pedido mi mano Bernardo S., hijo del rico banquero del mismo nombre, y me caso. María»...

Una ruidosa detonación y el estridente chasquido de un cuerpo que cae sobre el duro pavimento hicieronme arrojar el fatal billete y acudir en auxilio de mi amigo.

Había estallado el crisol y uno de los pedazos roto y penetrado en la cabeza de Alfredo.

.....

A fuerza de asiduos y cariñosos cuidados, de

una enérgica y activa asistencia, logramos volverle á la vida después de largas días de silencio.

Pero ¡qué despertar tan triste!

—Marcho hacia ti, María, como tú vienes hacia mi...

La misma fuerza nos impele...

¿Quién es capaz de resistir á su fatalidad?...

Unámonos...

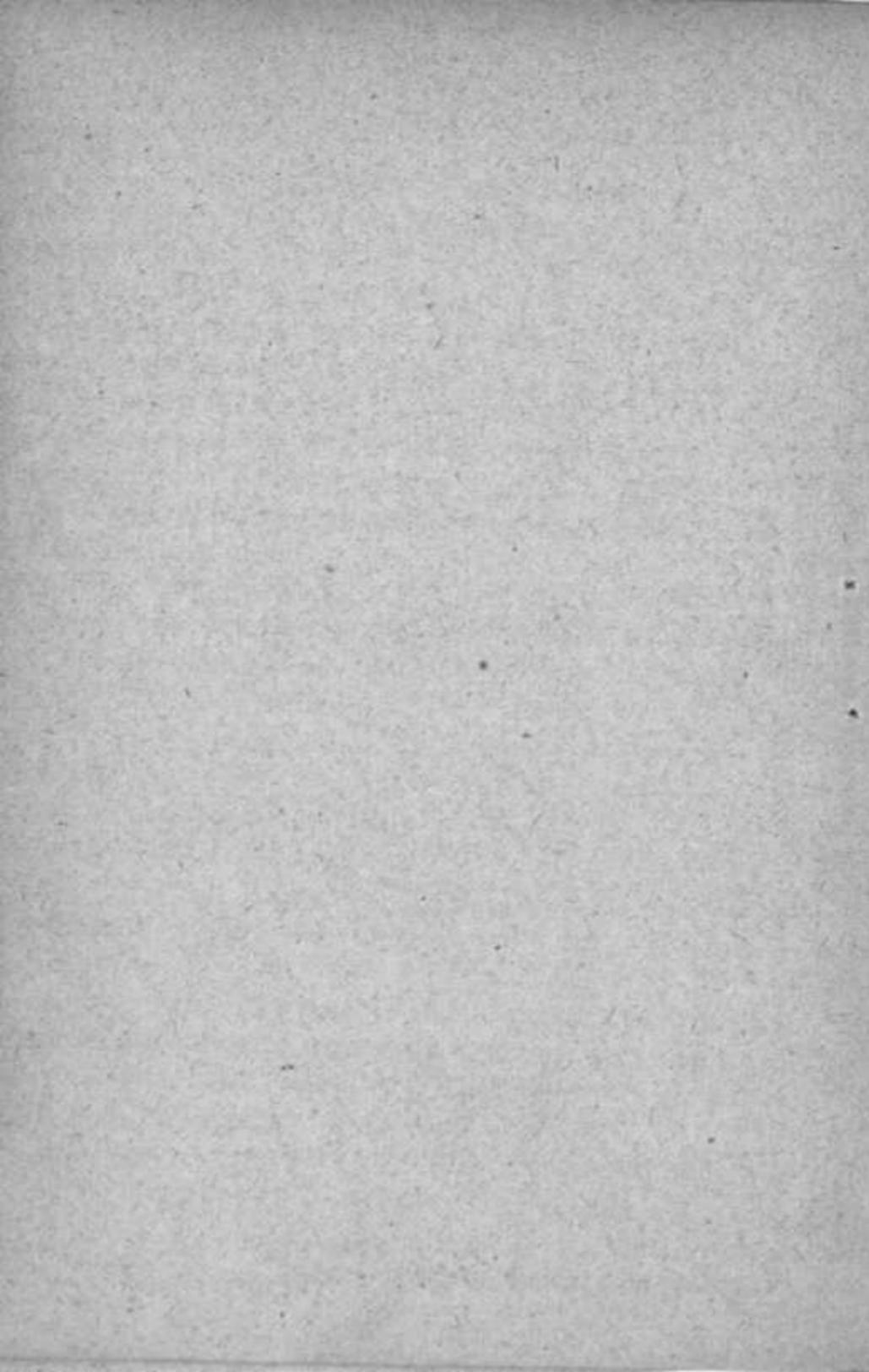
Nuestra unión es la dicha, el regocijo... la alegría... la felicidad...

Já, já, já.

.....
Estaba loco. ¡Pobre Alfredo!

Madrid 1890.



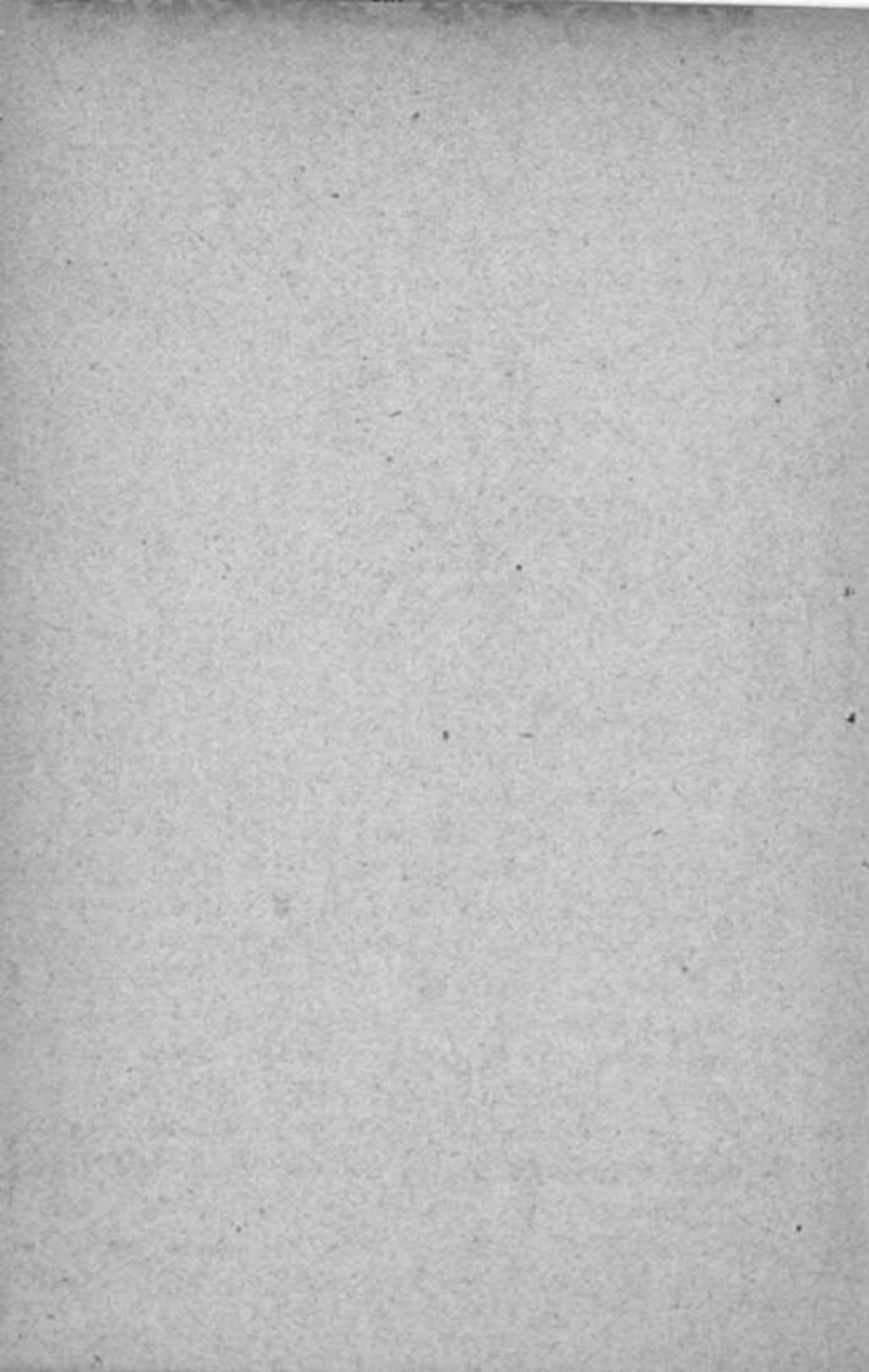


CUADROS DE MI TIERRA



A su amante esposa dedica es-
tas incultas flores de nuestra
agreste **Sierra**

El Autor.





EL TIEMPO

Escondido rincón de la provincia de Salamanca; vergel delicioso enclavado, cual consolador oasis, entre las extensas llanuras de Extremadura y Castilla; precioso relicario de añejas y patriarcales costumbres; encantadora morada de un pueblo sencillo y honrado, leal y hospitalario; encrespadas sierras; elevadas y caprichosas colinas cubiertas ya de apretadas matas que sirven de madriguera á las más codiciadas reseas del *sport* venatorio; ya de corpulentos nogales, verdes castaños, viejos olivos y frondosas vides; hermosos valles; lozanas huertas bañadas por el impetuoso *Francia*; torrentes de cristalinas y sabrosas aguas; cielo despejado y sereno; purísimo

y aromático ambiente; clima sano y agradable. Tal es la *Sierra de Francia*.

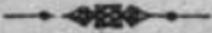
Grandes son los rasgos con que acabo de trazar el bosquejo de tan encantadora comarca, concisa es su descripción; pero aun con todo hubiera hecho gracia de ella á mis lectores si el olvido tan grande como inmerecido en que yace esa región no me hiciera necesario presentarla ya que ella es el bien preparado lienzo donde he de pintar los cuadros siguientes.

Si éstos no os satisfacen, lectores benévolos, culpa toda es mía que no habré sabido trasladar al papel con toda su poesía lo que pasa en la realidad.





EL PIA DE REYES



Perico es un robusto mocetón de veintitrés años de edad.

Honrado y trabajador, aún le sobra tiempo después de laborear perfectamente, él solo, sus veinte peonadas de viña para ganarse algunos jornales cuyo producto va á unirse con el de la venta del vino en la hucha de donde ha de salir para hacer frente á los gastos de subsistencia de su anciana madre y sus tres pequeñas hermanas.

Es lo que se dice *un buen muchacho*.

Pero eso sí. Tenía su amor propio, y por no ser menos que otro gastaba todos los domingos y días de fiesta la para él excesiva cantidad de dos reales en merendar, antes del baile, la nutritiva

carne frita, acompañado de sus amigos Santiago, Felipe *Tragaderas* y Antonio *Tiribias*.

Muy apurado y cariacontecido se halla el día de *Año Nuevo* nuestro buen Perico, y no es ciertamente por falta de los dos reales que su madre tiene muy buen cuidado en dárselos ya que ni fuma, ni juega al *cané*, ni se emborracha, cual lo hacen otros mozos del pueblo.

Su tristeza reconoce una muy diferente causa.

Es mayordomo de Reyes, y como tal debe ir á la cabeza de la cabalgata que por la mañana de ese día, y antes de misa, es costumbre que recorra el pueblo pidiendo limosna para el Señor. Mas su viejo y trabajado mulo es incapaz de correr, y el alcalde, que tiene el mejor, había comprometido el suyo con Antonio *Tiribias*.

He ahí, pues, la causa del pesar de Perico.

Y lo que él decía:

—¡*Topa!* pues no faltaba más, que después de haber tenido la atención de nombrar *alguacil* á *Tiribias*, mi amigo, sí, pero rival en amores, vaya á ocupar el primer lugar en la cabalgata.

No, y cien veces no.

Maraja me verá pasar con mis bombachos nuevos y flamante faja de seda encarnada, jinete en un buen mulo y ocupando el puesto que por tradicional costumbre me corresponde.

Es el día de Reyes.

Antonio *Tiribias*, con su vara de *alguacil*, que había mandado pintar al carpintero, marcha orgulloso y con la cabeza levantada en busca del mulo que el alcalde le había prometido.

Mientras lo apareja, piensa con alegría en la rabia que hará pasar á Perico.

Porque no hay duda. Cautivará la atención de Maruja en tanto que su pobre amigo le servirá de mofa y escarnio.

Ensimismado en estas bellas ilusiones y rebo-
sando en su rostro la mayor satisfacción, se diri-
ge á la Plaza, punto de reunión de los convidados,
procurando pasar por la puerta de Maruja donde
hace caracolear su cabalgadura, como pequeña
muestra de las habilidades de equitación que un
cavador puede hacer jinete en un mulo de carga.

La hora de la carrera se acerca y la mayor ani-
mación reina en el pueblo.

El labrador acaudalado con su chaqueta corta
y anchos bombachos de brillante rizo, adornados
con profusión de botones de plata, rameado cha-
leco de terciopelo y camisa preciosamente bor-
dada cuyo cuello abrochan dos grandes botones
de oro de bastante valor, que monta un bien plan-
tado mulo adornado con la manta de muestra y
el cabezón de colgantes y chillonas borlas, re-
cientemente comprado en la feria de Salamanca;
el pequeño propietario, con sus decentes y lim-
pias ropas aparejando el borriquillo que pacien-
temente le ayuda en las faenas del campo, y pro-
curando ocultar los giroues que banastas y ra-
mas han hecho en los aparejos; el jornalero que
con la alegría del chiquillo va en busca del mulo
que su amo generosamente le presta; los grupos
cada vez mayores, de jinetes que atraviesan riva-
lizando en su *sui generis* equitación; los *alguaci-
les* de blancas ó pintarrajeadas varas y de pedan-
tesca formalidad; y arriba, en corredores y ven-

tanás, las garridas mozas de refajo adornado con abalorios, zapatos bajos con orejas, pañuelo blanco en los hombros y empinado moño, esperando con los céntimos en la mano el momento de entregar su humilde ofrenda al Señor, por el intermedio de su novio, forman en cada calle un cuadro de vivos y variados colores digno de ser descrito por las plumas de Pereda y Salvador Rueda, fuentes inagotables de verdad y poesía.

Son las ocho de la mañana, y ya están reunidos en la irregular *Plaza de la Constitución* todos los mozos, convidados y alguaciles que han de componer la cabalgata.

Varios grupos se han ido formando y uno solo es el tema de todas las conversaciones: la tardanza del Mayordomo.

Quién dice que se ha puesto enfermo, noticia que enseguida es desmentida por otro que le había visto aquella misma mañana, aunque muy triste por cierto; quién que se había levantado algo tarde, pero todos saben que es activo y madrugador; y cada uno emite su opinión que muy pronto es rechazada.

—Já, já, já. Estará esperando alguna cabalgadura de las nubes para no quedarse atrás en la carrera—dijo *Tiribias*.

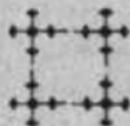
Tan groseras palabras parecieron á todos los oyentes una intolerable burla y se aprestaban varios á contestarle en el momento en que Perico, jinete en inmejorable mulo, llegado media hora antes de un pueblo vecino, donde lo compró su madre para sustituir al suyo viejo é inservible, hacía su entrada en la Plaza.

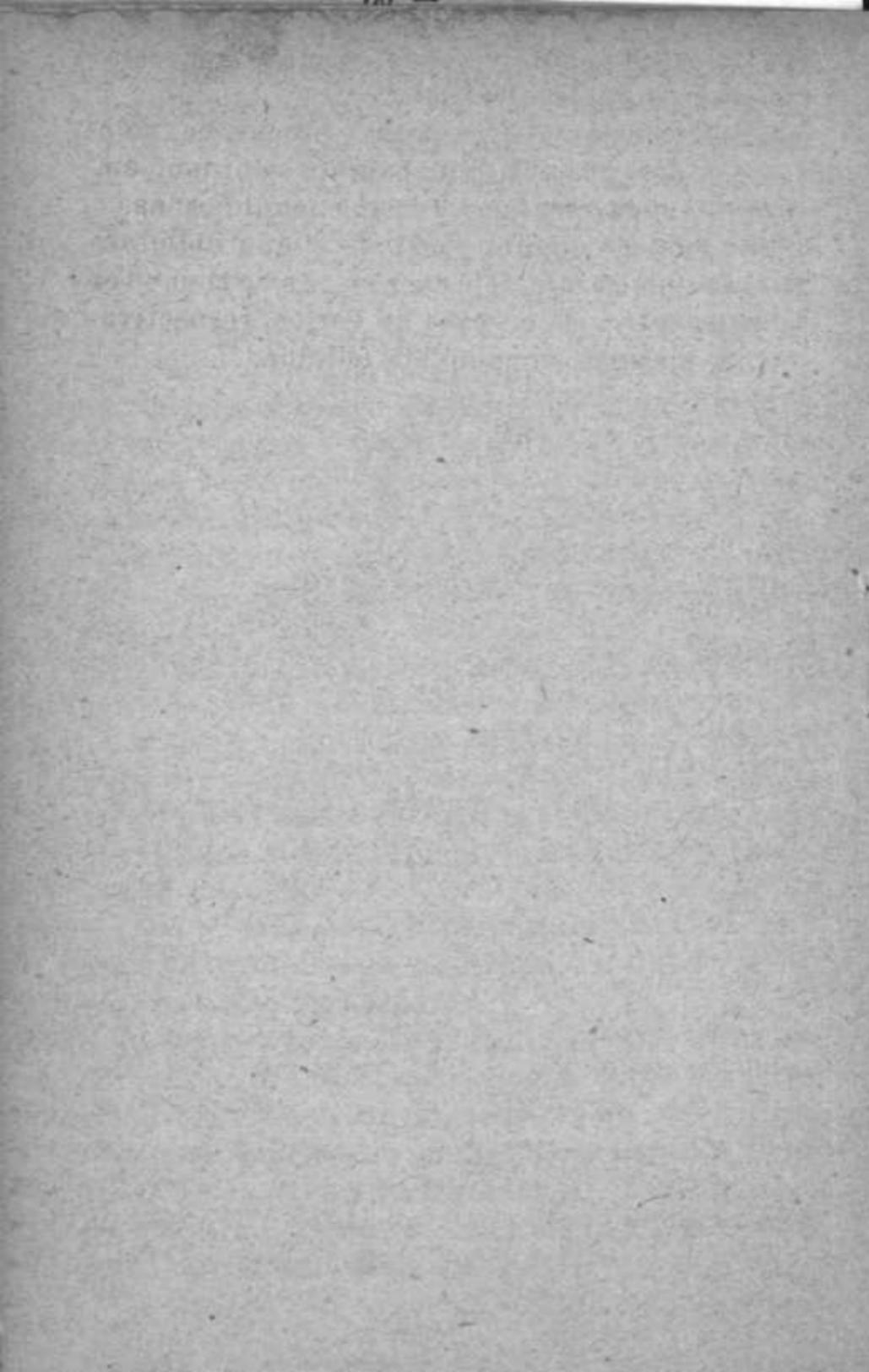
Un nutrido ¡Viva Perico! fué al mismo tiempo

que un saludo al Mayordomo, la mejor contestación á la ironía de *Tiribias*.

Mientras éste, avergonzado, procuraba colocarse de los últimos, la cabalgata se ordenó empezando la carrera para recoger las limosnas.

Una moneda de diez céntimos y una deliciosa mirada que Maruja dejó caer al mismo tiempo en la mano y en el corazón de Perico, respectivamente, hicieron su completa felicidad.





LA FORESTA MAYOR

I

LOS FORASTEROS

Cualquiera que en un día del mes de Agosto recorra la Sierra de Francia, no podrá menos, por obtusa que sea su inteligencia, por poco cultivada que tenga su sensibilidad, por muy refractario que sea á la contemplación y admiración de lo bello, de sentirse agradablemente impresionado por el admirable espectáculo que ante su vista presenta la Naturaleza.

Los dorados rayos de un sol brillante y espléndido, que atraviesa en su marcha, lenta y majestuosa, un cielo límpido y coloreado con las más bellas tintas del azul más puro, reflejándose primero en los cantos rodados que las aguas han pu-

limentado y arrastrado por las laderas de las montañas, quebrándose más tarde en las ténues gotas que en forma de blanquísima espuma deja el impetuoso torrente al salvar con arrojo y valentía el formidable peñasco que imprudentemente se ha puesto en la mitad de su camino, é iluminando después con su esplendente luz las moles graníticas más elevadas y caprichosas, las faldas de las montañas y los hermosos valles do crecen con sin igual fuerza y lozanía los árboles frutales más apreciados, las frondosas parras con sus abundantes y verdes hojas que ocultan con cariñoso cuidado los apretados racimos, cuyos gajos empiezan á negrear, los olivos más corpulentos, las plantas más útiles y variadas, las flores más bellas y aromáticas y, en una palabra, la vegetación más rica y exuberante, constituyen un todo tan bello y armónico, tan encantador y agradable, que el corazón se ensancha, la imaginación se extasia y el espíritu cae en el arrobamiento más profundo.

Mas si para su contentamiento y alegría se encuentra en la proximidad de uno de los tortuosos é intransitables caminos (¡hasta tal punto llega el olvido y abandono en que yace la hermosa cuanto desventurada Sierra de Francia!) que conducen á un pueblo cuya fiesta mayor se celebra en este día, pronto será arrancado de su contemplación por el ruido que produce el chocar de herraduras con las piedras y el confuso murmullo de voces frescas y alegres.

El ruido se acentúa y bien pronto va aparecer en un recodo del camino un grupo de serranos con su traje de fiesta, bombachos de rizo, calada

calceta, ancha y bordada faja, sombrero adornado con abalorios y la chaqueta echada al hombro con ese modo que les es propio y peculiar; jinetes, unos en sus mulos engalanados con los mejores aparejos y cabezada y llevando á las ancas á la graciosa serranilla de empuinado moño, cortos manteos, apretado jubón y chillonas medias, señora de sus realidades mejor que de sus ensueños, y cuyo brazo apenas abarca el desarrollado pecho de su novio; cabalgando otros en sus robustas piernas y todos en franca y alegre conversación, sin que entre ellos se note esa desigualdad y enriamiento que produce la distinción de clases. Grupo lo más pintoresco y animado que se pudo figurar y que cautiva de tal modo su atención que no le permite fijarse en el objeto de su alegre parla.

Pero si la curiosidad le incita, puede acercarse sin temor, en la completa seguridad de que será bien recibido y con la más abiecta confianza; mucho más si hace los honores á la bien repleta bota que euseguida le ofrecerán y de la que, por muy corto que sea el viaje, no dejan de proveerse los serranos que la mayor parte del año trabajan doce horas, por lo menos.

—Nada, que la fiesta es buena como ella sola— dice un jinete reanudando la conversación.— Comedia por la mañana y no como quiera, sino la comedia de Santa Genoveva, en que hay condes y todo, y el más pícaro traidor que yo he visto, según leí en una historia de la Santa que tiene mi abuela; y por la tarde, siete novillos de ganadería con un toro pistonudo que pesa treinta arrobas, aparte de unas banderillas de fuego con tan-

tos tiros, que va á parecer la tempestad. Con que se portan los mozos de Villeja.

—Pues mira, Quico, contesta uno de á pie, todo eso es *fanfarria*; como se ve á los mozos es trabajando, y pues que pronto pasaremos por sus viñas, ya veremos como las tienen.

—Calla, Piñomaque; todavía no se te han olvidado las calabazas de Luisilla la de Villeja, que es toda una serrana.

—Valiente *moñúa* está la tal Luisilla; muchos humos y luego nada.

—Tiene razón Piñomaque, buena fanfarrona está esa..... como todas las de Villeja;—dijo con despreciativo tono Ana María, la novia de Quico.

Y como las palabras sacan palabras, el tiempo se pasa y las distancias se acortan, aparecen los magníficos y bien cuidados viñedos de Villeja, con visible desagrado del resentido Piñomaque, y por último penetran, en el pueblo, erguidos los mozos, las mozas orgullosas y sonrientes y los trabajadores jame!gos sacando chispas al trotar por las mal empedradas calles.

Caras encarnadas y alegres salen á las ventanas de las recién blanqueadas casas, y los grupos que hay en las calles se separan para dejar paso á los forasteros, procurando ver á los que esperan.

Después de un cariñoso y fraternal saludo, conducenlos á sus casas, donde en una modesta pero limpia sala, y encima de una larga mesa cubierta con blanquísimo mantel, les aguarda un gran plato de carne frita y la panzuda jarra del puro y saludable vino del país.



II

LA COMEDIA

¡Qué cuadro tan abigarrado, qué aspecto tan curioso presenta en la mañana del día de la Fiesta Mayor la antiestética plaza de Villeja!

En uno de sus lados se levanta un ancho tablado rectangular y sobre él un grosero armatoste de madera, cuya frente cubre una gran colcha y cuyos costados apenas pueden ocultar cortinas de los más varios colores.

No acertará para que sea quien no conozca la *tierra*, quien no haya respirado el purísimo y aromático ambiente de sus montañas, quien no haya bebido las aguas puras y cristalinas de sus impetuosos torrentes, quien no haya jugueteado en sus deliciosos valles cubiertos de nogales corpulentos, de verdes castaños, de viejos olivos y de frondosas parras, quien no haya admirado la limpidez de su despejado cielo.

Numerosos grupos de aldeanos se dirigen apresurados á la plaza por las empinadas cuestas mejor que calles, que á ella conducen, y van ocu

pando ya los bancos que en largas filas rodean el tablado, ya los destartalados corredores de las viejas y miserables casas, ya los elegantes balcones de las habitaciones de los ricos.

Y todo acompañado de voces, de gritos, de alegre animación y de bulliciosa algazara, que sólo se calman cuando los regidores con el alcalde á la cabeza, más hueco y tieso que el bastón con borlas de cuero que empuña en su diestra mano, ocupan el primero de los bancos hasta entonces desierto.

La colcha se descorre, el público se calla, y salta al tablado una serpiente de siete cabezas, bastante bien figurada, de la que descende furioso un hombre vestido de diablo, blandiendo un cetro de caña que arroja corrientes de pólvora inflamada. para terminar luego con truenos fuertes y estrepitosos.

Cuando el estupor producido en la sencilla concurrencia es mayor y el silencio más grande, una voz extemporánea viene á destruir tan terrible impresión, provocando ruidosas carcajadas.

—Conchis, el tío *Coruja*, que enfadado baja.

Lo cual, á pesar de ser un piropo para *Coruja*, por lo bien que se identificaba con su papel diabólico, mereció al interruptor una reprensión pública del alcalde por haber alterado la tranquilidad y el orden de cuya guarda estaba, en nombre del rey, encargado.

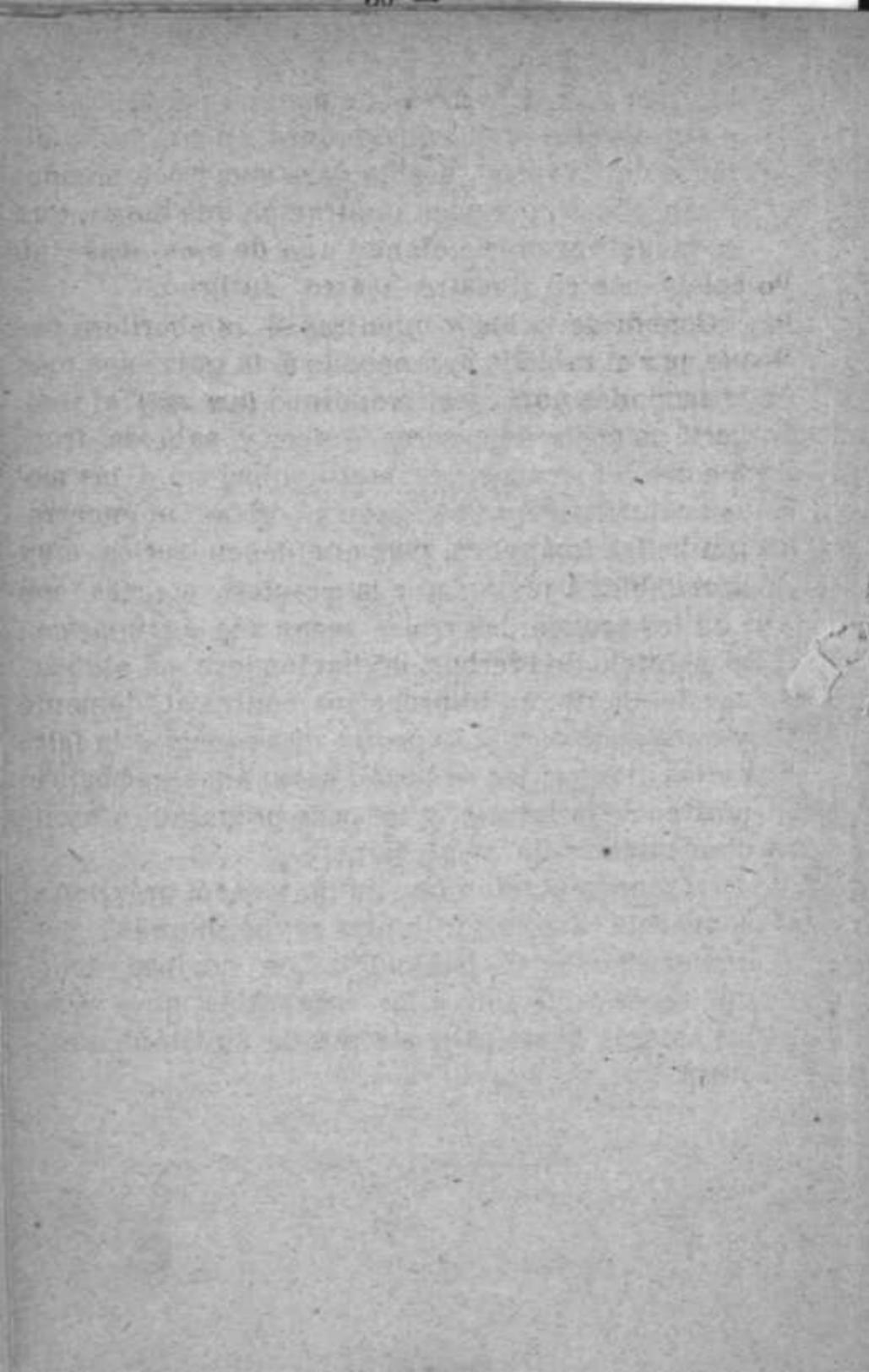
Las palabras injuriosas y sacrilegas con que el corpóreo diablo impreca al Santo en cuyo honor celebra el pueblo tan grande fiesta, las virtudes y milagros del patrono cantadas por un *birronus* de traje arlequinesco á quien el demonio trata de

seducir sin conseguirlo, gracias á la intervenci3n de un 3ngel que arroja al enemigo, por escotill3n y sin necesidad de cabalgadura en las profundidades del Averno, bastan para hacer comprender al espectador, por poca ilustraci3n que tenga, que se encuentra presenciando una de esas loas tan celebradas en nuestro teatro antiguo.

Concluida la loa y mientras el tamborilero pasea por el tablado arrancando á la gaita sus m3s regocijadas notas y el mon3tono *tum tum* al tamboril, la cesta de caseros dulces y sabrosa fruta recorre los grupos; los mozos chicolean á las mozas con frases que no ser3n ret3ricas ni encerrar3n bellas im3genes, pero que deben serles muy agradables á juzgar por la graciosa sonrisa con que las acogen; las viejas secan sus l3grimas con el pañuelo de hierbas, deshaci3ndose en alabanzas del Santo, en improperios contra el demonio y supliendo con lo expedito de su lengua la falta de los dientes; los *señoritos* salen á pasear bajo el p3rtico de la iglesia, y todos se preparan á escuchar la comedia y el sainete.

La representaci3n continúa, y el sol pr3ximo al z3nit deja caer sus ardientes rayos sobre las descubiertas cabezas bañ3ndolas en copioso sudor mil veces preferible á los escalofrios que pasan los actores hasta salir airosos de su tit3nica empresa.





INDICE

	<i>Páginas</i>
Portada.	3
Página de dolor.	7
Noche de ánimas.	11
La última muñeca.	15
Sobre el amor.	19
Problema.	23
El vals.	27
¡Gloria!	33
Cuento científico.	39
Amor y locura:	
En el fondo de una capsula.	43
En el fondo de un crisol.	49
Cuadros de mi tierra.	59
El Lienzo.	63
El día de Reyes.	65
La Fiesta Mayor:	
Los forasteros.	71
La comedia.	75

